

Las andanzas de Pepe

«El Dinero es el estiércol del diablo». PAPINI

Pepe que no se llama Pepe, ni cosa que se le parezca. Pero como el citar nombres me puede costar más de un garrotazo, yo le llamo Pepe, y en paz.

Pepe nunca tuvo nada que ver con el diablo, ni con el estiércol, ni, por tanto, con el dinero. Lo que decía él:

—¿Para qué mancharse las manos con el vil metal?

—Sin dinero no se puede hacer nada, — le decían.

—Haced como yo, — contestaba, riendo.

Pero no valía cualquiera para hacer lo que él hacía.

Una noche se encontraba Pepe con unos amigos en San Sebastián, en la Parte Vieja. Todos tenían ganas de cenar, pero — ¡cosa rara! — ninguno tenía una blanca. Habían ido a San Sebastián pasándose de un vagón del tranvía a otro para no pagar, y... ¿de dónde iban a sacar dinero para pagarse la cena?

¡Y había cada plato en los bares de la Parte Vieja!

Un bacalao a la vizcaina que hablaba vascuence. Unos callos que invitaban a chupar el cristal del escaparate, y unos... Al menos hambriento se le hacía la boca agua.

—Pepe: invítanos a cenar.

Esa era la plegaria que le dirigían continuamente los amigos.

No. Pepe no tenía ni cinco céntimos, Y, sin embargo, era el único que podía invitarles a cenar, avivando el ingenio. Y les invitó.

Porque, cuando iban paseando por las simétricas calles de la Parte Vieja, acerto Pepe a ver a un viejo conocido de los tiempos de la «mili». Un cabillo que le había dado algunos disgustos. Pepe abrazó a su amigo como si fuese su propio padre o la única tabla de salvación (que lo era).

—¡Hola, Pascasio! ¡Bienvenido a Donosti! — le decía, mientras le vapuleaba la espalda amistosamente—. ¡Cuánto bueno por aquí! Creeme que no te he podido olvidar. Y para que veas que no miento, te invito a cenar con mis amigos. Hoy es mi cumpleaños, y me siento espléndido.

—Nada, hombre; nada. Muy agradecido. Tengo la pensión pagada y...

—¡Qué pensión ni que ocho cuartos! Tú te vienes con nosotros a cenar. Te debo favores de cuando la «mili», y siendo, además, mi cumpleaños...

—Chico, chico, si te empeñas... La verdad; si me estaba resistiendo era porque me acordaba de aquellos tiempos del servicio en que nunca tenías un real. ¿Es que han cambiado las cosas?

—¡Naturalmente que han cambiado!—dijo Pepe, eufórico. Y añadió para sus adentros: — (¡Ahora no tengo ni una gorda!)

Que cenaron opíparamente no hay que ponerlo en duda. Y que no pagó Pepe, salta a la vista sabiendo que no tenía ni cinco.

Pepe entró a la cocina a pedir la cuenta antes de tomar el café.

—¿Cuánto es?

—Tanto.

—Lo va a pagar ese chico morenito de las gafas. No le cobren demasiado, pues es policía y no saben como las gasta.

—Si es así, un veinte por ciento...

—En fin, arréglense con él. Yo se lo advierto porque no quiero hacerme responsable de lo que pudiera ocurrir.

—Y un cincuenta, ¿qué le parece a usted? — dijo la «echeoandre», apurada.

—Acaso no le parezca mal, —dijo Pepe, encogiéndose de hombros. De todas formas, la cena no ha sido mala.

Y con gesto de «¡a mí qué me cuenta usted!» salió de la cocina.

Al salir de la cocina, miró, sorprendido, el reloj que había en la pared y se dirigió, presuroso, a sus amigos:

—¡Ya podemos salir disparados! ¡Se nos va a escapar el último tranvía!

El amigo de la «mili» quiso acompañarles, pero Pepe no se lo permitió.

—¡De ninguna manera! — le dijo—, Tienes que esperar a que te den los cambios en la cocina, pues no tengo tiempo de recogerlos. Ya arreglaremos cuentas otra vez que nos veamos. (Y que sea en el cielo), pensó.

No he podido averiguar qué le pasó después al amigo de la «mili» ni qué tal le sentó la «quintada». Lo que sí sé es que, por mucho que corrieron, Pepe y sus amigos no pudieron coger el tranvía. Lo vieron blanquear a lo lejos y perderse de vista sin remedio, como anillo que se hunde en el mar. En aquellos tiempos no estaba el tranvía tan automático como cuando le dieron el retiro, y corría lo suyo sin agotarse. Fué más tarde cuando todo el mundo le perdió el respeto y hasta los niños se le subían a las barbas en marcha.

Y no era lo peor que Pepe y sus amigos hubiesen perdido el tranvía. Lo verdaderamente malo era que habían perdido EL ÚLTIMO TRANVIA.

A más de uno le comenzaron a flaquear las piernas con sólo pensar en los siete kilómetros que tenía que recorrer a pie. Por eso, también esta vez fué unánime la exclamación:

—Pepe, ayúdanos. Llévanos a Rentería en taxi.

Como si estuviera esperándolo, Pepe levantó la mano en aquel momento a un taxi que pasaba de vacío. Y montaron en él.

Pepe tenía el ceño fruncido porque todavía no había encontrado solución al problema. Y era una pena que se les indigestase una cena tan opípara. Pero al llegar al Alto de Capuchinos le vino la inspiración. Sus amigos le vieron sonreírse con aire de triunfo, como si hubiese encontrado el «ABRACADABRA» que le abriría las puertas de un escondido tesoro.

—¿Dónde les deajo?—preguntó el taxista al llegar a la calle Viteri.

—Llévenos hasta mi casa, calle Arriba número nueve,—mintió Pepe, haciéndoles un guiño a sus compañeros de fatigas (nunca mejor llamados así).

—Sí, aquí es,—dijo Pepe cuando llegaron ante el portal. Espéreme un momento, que no llevo dinero bastante. Entro un momento en casa y le pago.

Cuando paró el taxi ante el número nueve los amigos de Pepe comprendieron todo el alcance de la treta y se dispusieron a representar su papel.

—¡Este Pepe está en todo!—se dijeron.

Pepe entro al portal y sus amigos quedaron a la puerta, dando conversación al taxista. Cuando pasó medio minuto sin que apareciese Pepe, (creo que tardó años en aparecer),

dijo uno de los amigos:

—¡Cuánto tarda! ¡Ese pelmazo estará «rajando» en casa como una vieja!

—Vamos a ver si le sacamos entre todos, — dijo otro.

Y volviéndose al taxista:

—Y si no quiere salir por no pagar, pagamos nosotros y en paz.

El taxista sonrió y quedó esperando.

Pero ya dijo el clásico que «casa con dos puertas mala

es de guardar». Y la casa antedicha tiene un portal un tanto complicado, con entrada por la calle Arriba y salida por la calle Iglesia, que fué por donde salieron los amigos, los cuales se juntaron con Pepe en la Plaza del Ayuntamiento, donde les esperaba.

—Esto, por una vez, — les dijo Pepe, muy serio—. Para otra, aprended a ser formales y volver a casa temprano y no me obligueis a estos derroches. El tranvía resulta más económico.

JESUS GUTIERREZ.

Hermanos Frazusta

← Carnicería de Equino →

Magdalena, 4

RENTERIA

Teléf. 5-53-10

Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa

CREADA Y GARANTIZADA POR LA EXCMA. DIPUTACION

SUCURSAL EN RENTERIA

— (Fundada el año 1896) —

Calle de Viteri, 15, bajo. - Teléfono 5-50-12

60 SUCURSALES EN LA PROVINCIA

OPERACIONES PRINCIPALES:

AHORRO.—Infantil y obrero, 3 % - Libretas a plazo: Un año, 3 %; seis meses, 2,50 % - Libretas a la vista, 2 % - Servicio de huchas - Libretas indistintas - A sociedades - A nacidos.

CREDITOS Y PRESTAMOS.—Para comprar caseríos - Para obras de colonización - Con garantía personal, de valores y libretas a plazo - Con garantía hipotecaria Rústica y Urbana - Servicio Nacional del Crédito Agrícola - A Ayuntamientos y Entidades.

CUENTAS CORRIENTES Y VALORES.—Cuentas corrientes, al 1 % - Compra-venta, suscripción y depósito de Valores - Abono en cuenta de cupones y dividendos - Efectos al cobro - Domiciliación de letras Pensiones de vejez - Rentas inmediatas - Dotes infantiles - Seguros Sociales - Mutualidades Laborales - Giro Mutuo Provincial - Intercambios de libretas entre Cajas de Ahorros - Cuentas de contribuyentes.